

la frontera, todavía con algunas tropas á su lado, acompañándole asimismo con sus cortesanos algunos de sus generales mas fieles y valerosos. Pisó D. Carlos la tierra de Francia con semblante sereno donde la resignacion iba hermanada con cierta indiferencia. Tratóle el gobierno francés con cortesía, pero con rigor necesario; no como á rey, no habiéndole reconocido por tal; sí como á príncipe, pero como á uno enemigo de su aliada, y cuya persona mandaba la razon de Estado que fuese puesta en duro aunque decoroso cautiverio.

Con haber salido de España el pretendiente, y haberse pacificado reconociendo la autoridad de la reina las provincias donde habia sido mayor y estaba con mas firmeza establecido el poder de su competidor por el cetro, no quedó desde luego terminada la guerra civil; pero sí puesta en tal estado, que el partido carlista, imposibilitado ya de alcanzar victoria, solo podia diferir la hora de su vencimiento. Quedaba Cabrera dueño de un ejército de no corto poder y de varias fortalezas, y el conde de España al frente de un número no despreciable de tropas señoreaba gran parte de Cataluña. Pero el célebre caudillo aragonés habia visto interrumpida la carrera de sus triunfos aun antes que el convenio de Vergara viniese á hacer inútiles las ventajas que alcanzase. El ejército del centro que le hacia frente, falto de general, así como bajo el mando de Van-Halen, obraba sin concierto, consumiéndose no obstante la buena calidad de las tropas que le componian. Por disposicion de Espartero vino á mandarle D. Leopoldo O'Donnell, subido al grado de general en edad temprana á fuerza de actos de arrojo y servicios en aquella campaña, donde mas de una vez habia regado los campos de batalla con su sangre, y que, fiel á su bandera, habia seguido las de la reina cuando su familia militaba con gloria é infeliz fortuna en el bando contrario. A su llegada encontró este general las cosas en tristísimo estado. Entre las sierras del Maestrazgo, y dentro de la provincia de Valencia, la poblacion corta de Lucena, diferente de la mas afamada ciudad de Andalucía que lleva el mismo nombre, se señalaba por su adhesion á la causa de Isabel II, siendo mirada con encarnizado odio por los vecinos carlistas. Mas de una vez habia sido sitiada, y otras tantas habia resistido con denuedo, y salvándose de caer en manos de sus irritados contrarios. Poco antes de llegar O'Donnell á tomar el mando de aquel ejército, un revés de parte de las tropas que servian en aquella tierra fragosa, habia obligado á encerrarse en Lucena al brigadier Aznar con fuerzas bastante crecidas. Vinieron sobre él sus enemigos, y cercándole en el estrecho recinto que ocupaba, y donde carecia de todo linaje de recursos para alargar su defensa, esperaban que el hambre le compeliere á entregarse. Resistieron, sin embargo, con admirable teson los sitiados, dando lugar á la llegada de socorros, si bien con corta esperanza de recibirlos. Pero O'Donnell, con osadía y habilidad, aumentando el aliento en sus soldados, obligó á los de D. Carlos á desistir de su empeño, arrebatándoles la presa que creian segura. Siguiéronse otros combates, en los cuales las armas de la reina consiguieron ventajas notorias, aunque leves. No habria, sin embargo, alcanzado la escasa fuerza de que podia disponer O'Donnell á